

Apoyó su bicicleta contra la pared diciendo:

—Soy con ustedes.

Quería volver á ver la tumba de que hablaba la víspera en su carta á la marquesa de Caylus.

Estaba adosada á la cabecera de la iglesia.

Dos sauces y grandes bojs la ocultaban á la vista cuando se entraba en el cementerio.

Jorge de Caylus se dirigió hacia aquel lado. De pronto se detuvo.

Una joven estaba de rodillas sobre la lápida. Al ruido de los pasos de Jorge se levantó. Sus ojos se encontraron.

Aurora bajó la cabeza y se puso pálida.

Jorge se acercó á ella y la dijo:

—No os creía aquí, he venido ayer también. Quería dedicar un recuerdo al que reposa debajo de esta piedra,

Se inclinó al oído de Aurora y añadió con emoción:

—Por vos es por quien he venido á este país. Os veré luego en la Forge... tengo una gracia que pedir á vuestra madre, pero antes es preciso que os hable... ¿Queréis?

Aurora se inclinó sin responder y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el granito de la tumba.

IV

Bajo los sauces.

Eran las dos de la tarde.

El almuerzo de la Forge había terminado hacía largo tiempo.

Había sido bastante alegre, gracias á dos de los huéspedes de la castellana.

La señora Chagny y el coronel de Brancur.

Jorge de Caylus, parecía mal á gusto, turbado sin duda por la agitación de aquella á quien su presencia renovaba tan dolorosos recuerdos.

Colocado al lado de la señora Chagny, contestaba distraidamente á las preguntas maliciosas con que esta le agobiaba.

—¿Por qué retirarse á aquellas ruinas de Paimpont? ¿Era por dedicarse al estudio y al retiro? ¿Renunciaba definitivamente á Satán, á sus pompas y vanidades, es decir, á París, á su lujo, á sus fiestas y á sus tentaciones?

¡A su edad, en la flor de su juventud, esto era inverosímil!

Cuando se levantaron de la mesa, la hermosa rubia dijo con decisión á su joven vecino:

--Dadme el brazo, os lo suplico, y visitaremos la Forge y su parque.

Jorge se apresuró á complacerla.

—¿Tal vez—observó la rubia con intención—preferiríais el brazo de otra?

Salieron al parque.

Cuando llegaron á la vuelta de un paseo que iba á parar al estanque de la Forge, en el mismo en que Jaime Fugeret había permanecido tantas veces contemplando las ventanas de Magdalena, vieron, sola, sentada bajo un macizo de sauces, cuyas ramas se inclinaban hacia el agua, una joven que con la cabeza apoyada en el tronco de uno de aquellos árboles parecía absorta en profundas meditaciones.

Era Aurora.

El joven se paró.

La señora Chagny pudo comprender por los latidos del corazón de Jorge la emoción que le dominaba.

Le dijo en voz baja:

—¿Cómo amáis!

—¿Lo habéis adivinado!... Es verdad... amo con todo mi corazón.

—¿Pues bien, id!—dijo sonriendo la señora Chagny.

Al murmullo de sus voces Aurora levantó la cabeza y se encontró con que Jorge de Caylus estaba delante de ella.

—¿Huí de mí?—la preguntó.

—¿No debería hacerlo?

—Sin embargo, me habéis prometido...

—Pero lo sentí después.

—¿Por qué?

—¿Qué me diréis que yo no sepa ya?

—¿Que os amo!

—¡Ay!

—¿Y esas confesiones no queréis oírlas?

Aurora movió la cabeza.

—No—dijo.

Jorge se puso pálido.

—Si no quiero oírlas, es porque no debo—se apresuró á decir Aurora.

—¿Por qué?

—Porque soy indigna de ellas.

—¿Qué queréis decir?

—La verdad.

—No os entiendo.

—Después de todo, tal vez sea mejor que hayamos tenido este encuentro. Cuando sepáis todo, renunciaréis á proyectos que adivino y que son demasiado imprudentes para que yo

podiera, teniendo el sentimiento del honor, resolverme á secundarlos. ¿No váis á ofrecerme más que lo que tantos otros me han propuesto... Que sea vuestra querida?

—Os suplico que no continuéis.

—¿Por qué no? ¿Pensáis que no estoy acostumbrada á semejantes proposiciones?... Vos sois más generoso... ¿Consentiriais en casaros conmigo?

—Con todo mi corazón.

—¿En darme vuestro nombre?

—Es mi mayor deseo.

—¡Marquesa de Caylus! ¡Me llamaría yo la marquesa de Caylus! ¿Lo habéis pensado? ¡Eso sería una vergüenza para vos! ¡Para mí sería el medio de remover mi pasado por una turba de envidiosos, renovar el ruido odioso que se promovió á mi alrededor, recordar todo lo que mi juventud tiene de penoso y de humillante! Dejadme, pues, en la oscuridad y en el silencio que son los únicos que pueden agradarme y curarme.

—¡Aurora!

Ella repitió con creciente pesadumbre:

—¡Yo me llamaría la marquesa de Caylus!

¿Os atreveriais á dar ese nombre á una desgraciada que no existe ni aun á los ojos de la ley, que no tiene familia más que la que quiere dar una bienhechora?

—¡Oh, vuestra madre!

—¿Quién lo prueba?... ¿Dónde está escrito?... ¿En qué alcaldía y en qué iglesia lo han reconocido?

—¿Dudariais vos?

—No, vos lo habéis dicho; la señorita de Arvil es mi madre... lo creo, estoy segura de

ello... pero si yo tengo esta fe, ¿quién os dice que participan de ella los demás? ¿Si mi corazón está convencido, quién os prueba que el mundo, con el cual debéis contar, tendrá la misma confianza y no supondrá que debo mi nombre y mi rango á una tenebrosa intriga? Y no es esto todo.

—¿Qué más vais á decirme?

—Aun cuando eso que nosotros creemos sea verdad, ¿qué resulta de ello y qué soy yo? ¡Una bastarda! Me lo han repetido ya muchas veces, y creo que vos consentiríais en olvidarlo; pero ¿qué pensaríais cuando viéndome de vuestro brazo en los salones en donde, gracias á vos, toleraran mi presencia las otras mujeres, celosas de la preferencia que me habíais concedido, me señalaran con el dedo, diciendo:

«Ved esa joven: en otros tiempos estuvo presa, la llevaron al Depósito, de allí á San Lázaro, la más infame de las prisiones; después la pusieron en libertad... Pero, en el fondo, no se sabe... faltan pruebas, ¡y sin embargo!...» ¡Qué de calumnias detrás del abanico! ¡Qué de colores sobre mi frente y qué de salpicaduras sobre ese traje de marquesa que me niego á llevar! ¡Ah, creedlo! He reflexionado mucho desde que me anunciaron vuestra presencia en este país, donde sentía renacer sobre mí la paz y la confianza en el fondo de mi alma herida... Nada me conviene más que la oscuridad... Solo el retiro puede asegurar mi reposo.

Se expresaba con voz áspera, dolorosa, casi irritada.

Jorge trató de calmarla.

—Aurora—dijo,—comprendo todo lo que

habéis sufrido y no me admira el rencor que habéis conservado por una juventud tan desgraciada. ¿Pero, por qué no olvidarlo, cuando el presente es tan distinto? Dejadme decir os que yo también he reflexionado. ¡Tengo fe en vos, y os amo! ¡Os amo desde el día que os encontré en las ruinas de Aubignac, cuando éramos dos criaturas. Después no he cesado de pensar en vos.

¡Os he seguido sin que lo sospechárais! Siempre que oía hablar de vos, una voz secreta me decía: «Esa es quien te hará feliz.» Cuando pude hacer os un doble servicio allá en la Auvernia, que me atraía porque allí os encontré, estaba loco de alegría, y cuando después os marchásteis, parecía que todo había concluido para mí. ¿Por qué no cumplíeis vuestras promesas? ¿Por qué no haber recurrido al amigo sincero y decidido que os esperaba siempre? ¡Qué de penas y privaciones os hubiera él ahorrado! ¡Y no recurrísteis á él!

—¿Podía yo hacerlo?

—¿Quién os lo impedía?

—Hubiera creído mendigar... Yo quería vivir de mi trabajo... Esperaba bastarme.

—¿Y sucumbíais en la tarea?

—¡Es verdad!

Y añadió más bajo:

—¿Y quién puede decir hasta dónde hubiera caído?

Y de pronto se decidió:

—¡Ah! escuchad—dijo—es preciso contaros todo, y entonces sabréis por qué debo seguir siendo lo que soy, no escuchar vuestras súplicas, resistir á las inspiraciones de mi corazón, que me dice que sois bueno y generoso, que

hareis la felicidad de la que elijais por compañera, y que me recuerda todo lo que habeis hecho ó querido hacer por mi salvación! Vos no podeis casaros más que con una mujer sin reproche...

—¡Aurora!

—¡Escuchadme!...

—No quiero oiros...

Aurora concluyó:

—Yo no soy de esas.

—Yo no puedo creerlo.

Aurora bajó la cabeza.

Jorge repitió con fuerza:

—¡Vos! ¡vos! ¡eso es imposible!

—Sí—dijo ella dulcemente,—¡pero no como podríais entenderlo!... Un día estaba yo en un gran apuro, agobiada por un trabajo que no me producía nada... Todo nos faltaba á mi amiga y á mi. Además, las proposiciones que yo me veía obligada á escuchar me irritaban. Vos no podéis saber las afrentas que tiene que sufrir una joven que se ve obligada á ganar su vida... Y después por una ó por otra razón, llega un momento en que la falta á una el valor. No me disculpo. En mi angustia, pensé en vos y estaba decidida á ir á pedir os vuestro apoyo. Yo no sé lo que me contuvo. ¡Tal vez me dije que sería demasiado facilmente escuchada! En el momento en que me preguntaba qué iba á ser de mí, un joven que me había ya encontrado por casualidad y que me había tratado como los otros, con más delicadeza sin embargo, con más generosidad también, un gran señor, en fin, fué á buscarme... Llegaba de Provenza. ¿Me habéis comprendido?

—Sí,

—¿Para qué explicaros lo que me dijo, sus ofertas, sus protestas?... Yo estaba nerviosa, enferma del espíritu... Me propuso una entrevista en su casa... muy tarde... á la hora en que yo estuviera libre... Tuve la debilidad de aceptar... ¿Por qué? Primero, como ya os he confesado antes, estaba como desesperada... Necesitaba tomar una determinación... ¡Esto era para nosotras cuestión de vida ó muerte!

Aurora se puso sumamente colorada:

—Había todavía otra cosa—dijo;—delante de ese de quien os he hablado, me sentía sin fuerzas; la palabra que pronuncié al aceptar su cita salió de mis labios sin esfuerzo. El sonido de su voz me aturdió; su mirada me turbaba; yo perdía, al ruido de sus palabras, ó al fuego de sus ojos, el sentimiento del deber. Entré en mi pobre cuarto decidida á cumplir mi palabra empeñada. No creáis que yo pudiese excusarme con mi ignorancia... Yo sabía á que me había comprometido, y con el alma desflorada por la vida de las calles, que me había abierto demasiado los ojos, corría libremente á mi perdición. Este fué un momento de locura. Cuando iba á salir, se puso Elena delante de mí. A ella es á quien debí mi salvación. Os digo las cosas como son. Instruida por una triste experiencia, me detuvo al borde del abismo. Las jóvenes como nosotras se ven sometidas á duras necesidades. Tuve que ir á la calle Vaneau, no para ceder á las instancias de vuestro desgraciado hermano, sino para suplicarle que renunciase á mí, que me ayudara con su apoyo y su influencia, respetando nuestra miseria... ¡Ay de mí! Hoy comprendo lo imprudente de mi conducta. Al en-

contrarle tendido en el suelo, herido por una mano que no conocía, por causa mía tal vez, me arrodillé á su lado: traté de volverle á la vida... ¡Estaba dispuesta á darle mi sangre y mi honor por salvarle!... ¿Qué más os diré? En aquel momento le amé muerto. ¿Qué hubiera hecho si hubiera estado vivo? Vos veis que yo no puedo ser vuestra, puesto que un segundo tal vez—¿pero qué importa el tiempo?—fui de él con toda mi alma; ¡de él, de vuestro hermano! ¡Vos sabéis el resto!... Momentos después fui á llamar á la ventana del general Fugeret, loca, implorando socorros, que desgraciadamente fueron inútiles...

Jorge de Caylus sonrió tristemente.

—¿Habéis dicho todo?—preguntó.

—¿No es bastante eso?

—¿Y creéis que yo dejaré de amaros por esas declaraciones?

—Pero...

Cogió una de las manos de Aurora y la oprimió con fuerza.

—¡Pobre criatura!—dijo.—Pero por eso os amo más. Habéis sido purificada por el fuego de las pruebas porque habéis pasado... ¡Que las que hubieran tenido fuerza para resistir á tales tentaciones os arrojen la primera piedra!

Jorge repitió con calor:

—Yo os amo, os amo, y os suplico que no hagais mi desgracia rechazándome. Pobre y sin familia os hubiera hecho la misma súplica. No pensemos en el pasado más que para compadecer á los que ya no existen... Os lo suplico de rodillas... ¿Queréis ser mi mujer, Aurora, amor mío?

—Pensad que la señora de Caylus...

—Ella será quien pida vuestra mano á vuestra madre.

—¿Consentirá?

—Con alegría... ¿Dónde encontraría ella una hija tan perfecta?

—¿Pero esos recuerdos?...

—Os honran.

—¿El mundo?...

Jorge vió que estaba vencida.

Tuvo un movimiento de alegría.

—¡Oh! el mundo—dijo—le trataremos como se merece... Las mujeres estarán celosas de vuestra hermosura... Los hombres...

Hizo una pausa.

—Pues bien; los hombres, cuando os lleve del brazo, saludarán atentamente, y no será de vos de quien estarán celosos, sino de mí.

Y añadió con melancolía:

—Además, ¿os importa mucho el mundo?

—¡Oh, no!

—Os sucede lo que á mí. Nos retiraremos á Auvignac, á la Sologne, á la Forge, adonde querais, y no apareceremos en él más que para hacer el bien... ¿Pero queréis?

Aurora se cubrió el rostro con las manos.

Jorge continuó hablando.

Su voz era tan conmovedora, su acento tan acariciador, que penetraba hasta el fondo del corazón de Aurora.

Pronto vió Jorge que las lágrimas se filtraban por entre sus dedos.

Y entonces la cogió las dos manos, se las separó de la cara llena de lágrimas, y la dijo con pasión.

—¡Decid qué si, os lo suplico!

¡Nosotros debíamos ser el uno para el otro!...

¿No está escrito en el cielo, desde hace mucho tiempo, desde siempre?...

Aurora, vencida por el peso de sus recuerdos, y también por el de su felicidad, apoyó su frente en el pecho de su amante y murmuró como en un soplo.

—¡Sí!

Al día siguiente, un coche de alquiler se detenía ante el perrón del castillo de la Forge.

Una señora vestida de luto se apeó de él.

Tendría unos cincuenta años, pero se hubiera creído que tenía diez años más, tal impresión habían hecho en su cara las decepciones y sufrimientos de una existencia ya larga.

Era la marquesa de Caylus.

Su fortuna era considerable, sus dominios enormes.

Su hotel del arrabal San German, pasaba por uno de los mejores del barrio que los cuenta tan soberbios.

Pero los desórdenes de su marido y sobre todo el fin trágico de su hijo mayor, la había sumergido en la desolación y el duelo.

Cuando entró en el vestíbulo del castillo, se encontró de frente con el conde de Brancur que acudía á su encuentro.

Le estrechó la mano y dijo después de haber cruzado con él algunas palabras.

—¿Sabéis qué es lo que me trae?

—No...

—¡No os hagáis el ignorante!

—A la verdad, he creído comprender, pero no estoy enterado.

Entraron en el salón.

—¿Ha salido la señorita de Arvil?—preguntó la marquesa,

—La he hecho advertir... No tardará...

—Me alegro mucho de su ausencia... En dos palabras: he hablado con mi hijo esta mañana. Está locamente enamorado de esa joven de quien tanto han hablado y cuya historia es singular.

—Os diré ..

—No insistáis... Creo saber lo que necesito... Además, todo está convenido entre Jorge y yo... Le conozco... Si él persiste en su resolución, es que esa joven merece ser amada. Sólo que...

—¿Qué?—preguntó el coronel.

—Que no tiene apellido, y convendréis, amigo mío, en que es de mal efecto tener que decir en las amonestaciones, respecto á la futura: «De origen desconocido».

—Es perfectamente justo.

El señor de Brancur se levantó y dió algunos paseos por el salón, con las manos hacia atrás.

Luego, acercándose á la marquesa, la dijo:

—¿No tenéis alguna objeción que hacer?

—Ninguna.

—Bueno.

—Me pregunto cómo podría arreglarse este asunto, porque pensar en impedir ese matrimonio es inútil... Parece ser que ya se han dado palabra.

—¿Cuándo?

—Ayer, sobre estas horas... Y si no me equivoco—añadió la marquesa, designando el estante desde la ventana del salón,—la escena, según la descripción que se me ha hecho, debió pasar bajo aquellos sauces. Ya os lo he dicho... He tenido una larga conferencia con mi hijo

esta mañana, y me ha contado todo... Obtuvo el consentimiento de la joven, pero sin trabajo.

—Sí—murmuró el coronel,—pero queda esa dificultad.

—En efecto... ¿Qué hacer?

Magdalena de Arvil entró.

La marquesa la conocía muy poco personalmente, mucho de haber oído hablar de ella.

La marquesa, después de algunas palabras de cortesía, abordó el asunto que la llevaba á la Forge.

—Tengo el honor de pedir la mano de la señorita Aurora para mi hijo Jorge—dijo.

Magdalena iba á contestar.

El coronel la llevó hacia una de las ventanas del salón.

Y mirándola con la apasionada ternura que sentía por ella, la dijo:

—Aurora no tiene apellido ni tampoco padre. ¿Queréis que la demos lo uno y lo otro?

Y añadió en voz baja con sonrisa paternal.

—¡Esto será sin duda un sacrificio para vos, pero habéis hecho tantos!

En el corazón de Magdalena hubo un segundo de vacilación.

Y, de pronto se decidió.

Levantó los ojos llenos de lágrimas hacia el coronel y murmuró con dulce voz.

—Sí, amigo mío, porque ¿quién sabrá querer mejor que vos?

Y el señor de Brancur fué quien contestó á la marquesa:

—Con muchísimo gusto consentimos en la unión de la señorita Aurora de Brancur con el señor marqués Jorge de Caylus.

Aquella tarde, después de comer, Aurora se cogió del brazo de su amiga, diciéndola:

—Ven.

—¿Adónde?

—Primero al jardín, luego veremos.

Bajaron, en efecto, al jardín; hicieron un ramo de siemprevivas, y desde allí se dirigieron al cementerio de la aldea, por la avenida de los árboles seculares.

Ya era de noche cuando llegaron al pie de la iglesia.

Aurora se arrodilló sobre la piedra de granito que cubria la fosa del general Fugeret, y atando las flores que llevaba en la mano, á la cruz, murmuró:

—A vos, mi verdadero padre, mi amor y mi eterno recuerdo. Vendré con frecuencia á orar sobre esta tumba, y que no sea nunca feliz si llego á olvidaros.

V

Hoy.

El tiempo ha pasado.

Seis años han transcurrido desde la boda de la hija de Jaime Fugeret convertida en Aurora de Brancur por consecuencia del casamiento de su madre y de su propia legitimación, generoso fraude del coronel en su acta de matrimonio con el hermano del marqués Raimundo de Caylus, muerto por causa de ella.

Los lejanos acontecimientos que hemos narrado, conocidos solamente de algunos, están olvidados por la mayor parte de nuestros contemporáneos.